

Los orígenes del Primero de Mayo



¿Por qué marchamos el Primero de Mayo, mientras la mayoría de la población goza sencillamente de un día de descanso y esparcimiento? En general, los feriantes son justificados por instituciones que ordenan el calendario con motivos religiosos o patrióticos. Sin embargo, hay excepciones. El llamado "Día del Trabajo", malentendido como "descanso merecido", "fiesta del trabajo" o "celebración de las y los trabajadores", tiene su origen como fecha designada para la agitación y la protesta popular. Específicamente, se remonta a preféritos años y se relaciona con el desarrollo del industrialismo en América del Norte. En dicho contexto, el ideal que generó las confluencias del pueblo trabajador fue la huelga general como herramienta de lucha y reivindicación de derechos laborales, siendo el objetivo primero de tales movimientos la conquista de las ocho horas de trabajo. Hay que considerar que este territorio americano estaba fuertemente marcado por la migración inglesa y alemana, que de por sí ya enarbolaba las banderas del socialismo. Un dato interesante, por ejemplo, es que en mayo de 1825 Robert Owen, pensador galo recordado como "socialista utópico", impulsa la conocida comunidad "New Harmony" en Indiana. No obstante, lo fundamental fue la irrupción del sindicalismo como movimiento contra el capitalismo. Los antecedentes remontan al año 1827, cuando, a partir de una huelga de carpinteros en Filadelfia que logró incitar a otros sectores obreros, surgió *Mechanics Union of Trade Associations*, confederación de sindicatos que fue replicada como ejemplo en otras latitudes del territorio.

En términos generales, la vindicación era la reducción de la jornada laboral. Pero desde aquel impulso, se suceden los años en vaivenes que, vistos desde esta distancia temporal, representan una batalla de largo aliento: depresión económica en 1837, desastrosos intentos mediante reformas legislativas, un movimiento obrero fuerte, instruido y hábil en propaganda política se articula en 1871, año en que logra mayor envergadura en mancomunidad con la Internacional. Esto significaba adherir a la consigna aún vigente: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". En lo práctico, en el IV Congreso de la *American Federation of Labor* realizado en Chicago en 1884 se discuten las medidas para lograr la reducción horaria, concluyendo que "la jornada de trabajo desde el 1º de Mayo de 1886 será de ocho horas".

Cuando llegó la fecha, los sindicatos llamaron a huelga. No menos de 5.000 huelgas, ni menos de 340.000 manifestantes. En Milwaukee las autoridades disparan contra el pueblo: 9 muertos. El 3 de mayo, las protestas de Chicago seran más radicales: 8.000 trabajadores protestan ante las fábricas y las autoridades vuelven a atacar: 6 muertos, varios he-

ridos. Ese mismo día, la prensa anarquista convoca a un mitin en Haymarket, la plaza del mercado: se calculan 15.000 manifestantes. Entre los oradores, aparecen Auguste Spies, editor del periódico escrito en alemán *Arbeiter Zeitung*; Albert Parsons, americano y redactor jefe de *Alarm*; Samuel Fielden, inglés y obrero textil. En estos círculos de pensamiento y acción ácrata figuraron, entre otros, agitadores como Michel Schwab, Georges Engel, Louis Lingg y Adolphe Fischer, todos migrantes de origen alemán, y connotadas propagandistas como Lucy Parsons y Lizzie Holmes. Al finalizar el mitin, una provocación policial es interrumpida por una bomba que estalla entre las filas uniformadas, matando a 2 policías en el acto y 6 posteriormente a causa de las heridas. Tras el bombazo, una ráfaga de balas hiere a medio centenar de trabajadores.

Esa noche se declaró Estado de Sitio y se detuvo a decenas de agitadores, dentro de los cuales estaba el equipo editor de *Arbeiter Zeitung*. De dicho proceso, quedan en prisión preventiva Spies, Fielden, Fischer, Schwab, Engel, Parsons, Lingg y Neebe mientras se realiza la investigación. El 20 de agosto 1886 son condenados a la horca. De ellos, Schwab y Fielden consiguen prisión perpetua, mientras que Neebe recibe la pena de quince años. De una fallida apelación en marzo del año siguiente, se confirma en septiembre la ejecución. El 11 de noviembre de 1887 son ahorcados en el patio de la prisión. Solo Lingg corre otra suerte: opta por el suicidio antes de la horca.

Desde aquel entonces, el 1º de mayo quedó plasmado en la memoria de las luchas de los/as oprimidos/as. En 1888, en un congreso realizado en St. Louis se confirmó esta fecha como hito para instalar las 8 horas de trabajo. Al año siguiente, se acordó la misma medida en París, proyectando hacia el año 1890 el comienzo de manifestaciones internacionales por la reducción de la jornada laboral.

Cabe señalar que hacia el año 1893 el gobernador de Illinois, John Altgeld, investigó los antecedentes del juicio, otorgando libertad condicional a Fielden, Neebe y Schwab tras convencerse de la inocencia de los ocho agitadores apresados en las jornadas de Chicago.

Cada 1º de Mayo recordamos estas luchas que, desde sus etapas tempranas, cimentan lo que será la viviente resistencia de las/os trabajadoras/es por su dignidad a través de la historia, los territorios, los pueblos. Es un día, por ende, para enfrentarse a la explotación en todas sus despoéticas formas y cuestionar el mito del crecimiento y el desarrollo capitalista y sus condiciones de sacrificio y muerte. Un día donde recapitamos y volvemos a pensar en cómo la explotación de nuestras capacidades y fuerzas ha negado la posibilidad de habitar mundos impulsados por la solidaridad, la autogestión y el apoyo mutuo.

Editorial Eleuterio

de Grupo de Estudios Gómez Rojas



AMPLIANDO LOS HORIZONTES DE LA ANARQUÍA

Editorial Eleuterio es un proyecto fundado en 2009 por Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas.

Su enfoque es la divulgación de contenidos generados en y desde los mundos anarquistas, comprendiendo con ello una diversidad de fuentes y perspectivas y, a la vez, una práctica de autogestión del conocimiento.

A partir de investigaciones y redes de colaboración, desarrollamos colecciones dedicadas a ámbitos como educación, literatura, ciencias sociales y naturales, estética y filosofía, donde se analizan y arregan posiciones ácratas, feministas, ecologistas, decoloniales, antiteístas y antirracistas en pro de ampliar las visiones anarquistas.

Últimos títulos publicados

¡La salud está en ustedes! Luigi Galleani y el movimiento anarquista internacional (1880-1931)

Antonio Senta

El crimen de Chicago. Reseña histórica de los sucesos de Chicago en 1886-1887

Ricardo Mella

Desde la espiral. Mundos literarios de mujeres libertarias

Antología

Justicia y moralidad

Piotr Kropotkin

Insurrecciones y revolución

Piotr Kropotkin



Glosas sobre el Primero de Mayo

EDITORIAL ELEUTERIO

Visita nuestro sitio web:
<https://eleuterio.grupogomezrojas.org>

Contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org

En redes sociales:

eleuterioeditorial

Editorial Eleuterio

HISTORIA DEL MARTIROLOGIO DE CHICAGO

Fragmento de un testimonio

El 21 de junio [de 1886] comenzó el proceso de Augusto Spies, Albert Parson, Adolph Fischer, Samuel Fielden, George Engel, Miguel Schwab, Oscar Neebe y Luis Lingg en los tribunales de Cook Country, bajo la presidencia de Gary.

Un acontecimiento de los más impresionantes se produjo el primer día, en la sesión de la tarde. Albert Parsons no había sido aún arrestado, a pesar de las activas investigaciones de la policía. Salvo William Holmes y Daniel Havy de Wankesha, amigo abnegado y muy valiente, en casa del cual se había refugiado, nadie sabía dónde se encontraba. Fui yo quien aconsejó a Parsons que salie-

ra de Chicago en la noche del 4 de mayo, después que el mitin hubo sido dispersado. No estaba todavía al corriente de lo que había ocurrido, pero presentía que nuestros conferencistas –que estaban de tal modo señalados– deberían sufrir siempre de cierta manera, sucediese lo que sucediese. Después de haber discutido largamente, Parsons, por fin, consintió en marchar a Geneva, donde nosotros habitábamos, para deliberar con William Holmes sobre lo que haría. En seguridad desde el 4 al 21 de junio, no hubiese sido nunca descubierto por los agentes de la autoridad. Solo que él no hubiese podido conservar una liber-

tad deshonrosa cuando la causa que amaba y sus camaradas lo reclamaban. Nadie en el mundo oficial de la ciudad sospechaba que Parsons estaba tan cerca cuando apareció en los tribunales, adonde había debido ser arrastrado, encadenado, por hombres armados hasta los dientes. Y sin embargo, repentinamente se encontró entre ellos, llevado como huésped honorable por el capitán Black. Estaba lleno de calma, cortés, distinguido, como debe estarlo el hombre libre que se entrega por su propia libertad a la prisión y a la muerte. El instante fue dramático, un silencio de muerte reinaba en la sala, silencio que fue turbado por

un ser que tenía un alma demasiado pequeña para reconocer una acción tan grande, Grinnell, que lo llamó por su nombre y gritó:

– Veo aquí a Albert Parsons, pido su arresto.

Pero no fue arrestado. En efecto, Parsons se presentó él mismo a los jueces, se volvió hacia sus amigos, les estrechó la mano y tomó asiento entre ellos. No debía gozar más de la luz del sol y del aire libre.

LIZZIE HOLMES (1850-1926) fue anarquista y feminista norteamericana, activa colaboradora de la prensa obrera entre 1884 y 1912 y partícipe de las protestas contra el juicio a los mártires.



Canto poético antes de la ejecución

“(…) de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba Los tejedores de Silesia de Heinrich Heine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

*Con ojos secos, lúgubres y ardientes,
Rechinando los dientes,
Se sienta en su telar el tejedor:
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!
Tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Maldito el falso Dios que implora en vano,
En invierno tirano,
Muerto de hambre el jayán en su obrador!
¡En vano fue la queja y la esperanza!
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:*

*¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Maldito el falso rey del poderoso
Cuyo pecho orgulloso
Nuestra angustia mortal no conmovió!
¡El último doblón nos arrebató,
Y como a perros luego el rey nos mata!
¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Maldito el falso Estado en que florece,
Y como yedra crece
Vasto y sin tasa el público baldón;
Donde la tempestad la flor avienta
Y el gusano con padre se sustenta!
¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Corre, corre sin miedo, tela mía!
¡Corre bien noche y día
Tierra maldita, tierra sin honor!
Con mano firme tu capuz zurcimos:
Tres veces, tres, la maldición urdimos:
¡Adelante, adelante el tejedor!*

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiéndose en las palmas el rostro envejecido.”

JOSÉ MARTÍ (1853-1895), escritor y político cubano que se encontraba trabajando como corresponsal al momento del juicio a los mártires.

Los anarquistas de Chicago

Cogieron a estos cuatro hombres llenos de vida; echaron sobre ellos el sudario, que más tarde cubriría sus caras cárdenas; sacaron sus ojos de las órbitas, por el delito de haber visto demasiado en el porvenir de la humanidad y descujaron su lengua por decir palabras anunciadoras de justicia y de verdad.

Marchaban balanceándose, como las bestias de los matadores, por cuerdas ceñidas a los tobillos, rememorando la muerte de su hermano Luis Lingg, que sacrificó su vida pensando salvar las de ellos cuatro. Habían oído la explosión del cartucho, la confusión, los gritos de dolor. Contaron los minutos de agonía y su sueño de aquella noche suprema, se vio turbado por un doble martilleo: el del ataúd, para el muerto; el del garrote, para los vivos; para ellos.

La víspera desataron sus ligaduras, y, por vez postrera, las esposas, las madres, lloraron en sus brazos.

En aquellos calabozos habló la tragedia. La compañera de Fischer, la de Parsons, la madre de Spies y su novia, la infeliz y bonita niña Van Zaudt, regaron con sus lágrimas las baldosas del calabozo.

La mujer de Parsons volvió por la mañana. Golpeó en la mazmorra suavemente, suplicó le permitiesen abrazar a su marido que aún vivía, pero de quien ella había quedado viuda.

– ¡No! ¡No!

Ella nada dijo: ni gritó, ni lloró; enganchó las uñas a la puerta, y, sú-

bitamente, cayó sobre el enlosado dando un grito sobrehumano, que vagó por toda la prisión.

Nadie sabe si Parsons reconoció aquella voz. Desde aquel momento, grandes, largas, hondas arrugas, estriaron su cara. Cuando el verdugo hizo presa en aquella garganta, parecía tener setenta años.

Los cuatro condenados escucharon orgullosamente, brillando en sus ojos un no sé qué de sobrehumano, la sentencia de muerte. En el patíbulo, Fischer –el alemán Fischer– entonó la marsellesa, la heroica canción francesa, cuya ala roja flotaba sobre aquellos mártires.

Cogió el verdugo las cuatro cuerdas, las pasó por los cuellos, cedieron las trampas, y quedaron ahorcados en el espacio, como cuatro grandes badajos tocando a somatén: el somatén de las represalias.

Antes de morir, Spies dijo: “Salud, tiempo en el que nuestro silencio será más poderoso, que nuestras voces ahogadas por la muerte”.

Engel gritó: “¡Hurra la Anarquía!”. Fischer: “¡Viva la Anarquía!”. La última frase del testamento de Lingg era: “¡Viva la Anarquía!”.

SÉVERINE.

Seudónimo de CAROLINE RÉMY DE GUEBHARD (1855-1929), periodista y feminista francesa. El mismo año de su muerte, GABRIELA MISTRAL escribe: “Su literatura social, al revés de la marxista, que repugna los casos individuales, buscaba al pobre con nombre personal”.